

SONIA CORCUERA MOLINUEVO

ESENCIA

DE
Azahar

UNIVERSO
DE LETRAS

Esencia de Azahar

Esencia de Azahar

Sonia Corcuera Molinuevo

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de auto-publicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Sonia Corcuera Molinuevo, 2019

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417926311

ISBN eBook: 9788417927318

*A todos aquellos que alivian el peso de sus semejantes,
A los altruistas desconocidos que no buscan recompensa,
A los valientes que se arriesgan en el ejercicio del bien,
A aquellos que entregan su vida a la solidaridad.*

PRÓLOGO

Parte 1

Londres, 1890

El rostro de Anael reflejaba la felicidad absoluta: once velas coronaban su pastel de cumpleaños favorito y su papá había regresado de la India cargado de regalos.

La pequeña pidió un deseo, inspiró hondo y sopló haciendo trampas, repitiéndolo una y otra vez hasta asegurarse de que ninguna vela quedara encendida.

El estruendo de los acalorados aplausos invadió aquel salón de techos altos, y el último aliento de las velas, tan solo un fino hilo de humo, quedó presente como un fugaz aroma a fogata durante el resto de la fiesta, mezclándose con las dulces fragancias a chocolate y caramelo pegajoso del pudding recién horneado.

Llegó el momento apasionado de abrir los regalos... rasgó los envoltorios con evidente gozo, apresurada y nerviosa. Nadie se perdía la expresión de aquellos enormes ojos azules mientras sus mofletes recibían una pincelada de bermellón desde su interior: estaba emocionada.

La mesa quedó repleta de presentes elegidos para ella, sin embargo, sus ojos se tornaron vidriosos; no pudo hacer otra cosa que ocultar la decepción. Mostrándose agradecida, fingió una sonrisa de oreja a oreja que camuflaba sus más íntimas reflexiones:

«¿Por qué nadie me comprende?

No quiero muñecas de trapo, ni cajitas de música... hoy he cumplido once años. Yo quería un cráneo, un cráneo completo, con mandíbulas y dientes. Sé que es difícil de

conseguir... no me importa el tamaño, pero que sea bonito, que no esté abierto por un martillazo. ¿Cómo decirles que ese es el regalo que quiero? No puedo, creerían que su hija es una criatura demente... quizás lo sea, a menudo eso dicen mis endiablados compañeros del club de polo.

Algún día os enseñaré el tesoro que escondo bajo mi cama, cuando reúna todas las piezas de un puzle que me empeño en completar. Sé que mi papá lo sabe: lo pillé husmeando el año pasado. Yo me oculté. Siento que trata de entenderme sin preguntarme, y creo que al fin lo ha hecho: ya no me mira con desazón como lo hizo durante algunas semanas.

Aún me faltan muchas piezas, pero estoy ilusionada: ayer me encontré un fémur perfecto y una clavícula preciosa entre los escombros amontonados en un rincón de la Savile Row Street. Quizá correspondieron a algún aristócrata importante, a algún vagabundo alcohólico, a algún apaleado... no importa, sea lo que sea... me valen. Solo me quedan ciento cincuenta y tres.

Theo me ayuda, es un lince encontrando huesos».

PRÓLOGO

Parte 2

Zona de Gorakhpur, noreste de India.
Agosto de 1903.

Yamir cometió el mayor error de su vida, un fallo imperdonable para un hombre experimentado.

Su prioridad era comenzar el proyecto de ingeniería civil para canalizar el agua furiosa que invadía cada año los pequeños campos y las aldeas olvidadas del noreste del país. El monzón de verano era el responsable, un viento de sur a norte preñado de humedad que corría hacia la desembocadura del río Ganges hasta alcanzar la pendiente del Himalaya, haciendo estragos a su paso.

Junto a dos compañeros, acudió a inspeccionar el terreno in situ, cargados con el equipamiento necesario para tomar muestras y realizar el primer análisis topográfico. Recorrieron una zona escabrosa que escondía las consecuencias de los diluvios torrenciales de los meses pasados. Resquebrajadas por los aguaceros, las rocas no soportaron el peso de los tres hombres, emprendiendo una carrera ladera abajo alentada por la fuerza de la gravedad. Tres hombres contra rocas y piedras, ramas y arbustos, acelerados por una lluvia repentina que recorría junto a ellos la pendiente, ansiosa por llegar al río Rapti.

Los dos compañeros consiguieron frenar la caída. Sus maltrechos y magullados cuerpos toparon con arbustos que aún mantenían las raíces ancladas, quedando retenidos en sus regazos a la espera de que alguien que pasara los pudiera rescatar.

No fue así la situación de Yamir: la caída duró más tiempo, rebotando, dando vueltas, golpeándose la cabeza y todo el cuerpo. Acabó en un riachuelo que lo arrastró hasta el río Rapti, con una rama traicionera y puntiaguda clavada en un costado que lo transportó al umbral de los cielos. Sangrando e inconsciente recorrió inerte varios metros, hasta que la orilla irregular del río se apiadó de él. Quedó enganchado en una curva donde, al menos, podía respirar, aunque con dificultad.

Atraídas por el aroma ferroso de la sangre, cuatro hienas de pelaje rayado y risotadas macabras que parecían humanas, se apelotonaron a poca distancia a la espera de que aquel cuerpo, que aún respiraba, se convirtiera en carroña a la que hincar el diente y triturar sus huesos. Babeaban olisqueando el fluido que desprendía la ingle punzada. Pronto osaron acercarse hasta alcanzar el agua teñida que flotaba alrededor del cuerpo herido, lamiéndola con ansia, pero pacientes, como quien empieza la cata con un pequeño aperitivo.

Una familia india oyó los rugidos desesperados de socorro cuando regresaban del mercado con su carro repleto de gallinas. Localizaron enseguida a los dos hombres conscientes que gritaban sin cesar incapaces de moverse debido a los golpes. Con ayuda, estos pudieron subir al carro colmado de excrementos y de plumas mojadas que aromatizaban a su paso aquella fatídica mañana de agosto. Estaban nerviosos y preocupados, insistían en que faltaba uno, que faltaba Yamir, que se lo había engullido el lodo, que lo vieron caer hasta el río, que se dieran prisa, que parecía malherido, o muerto...

El hijo más avisado de la familia no perdió tiempo y corrió hasta la orilla. Buscó entre la maleza, anduvo un trecho observando cada tramo ilusionado por convertirse en el héroe salvador. Y lo consiguió. Pero tras la curva, no solo encontró al hombre herido de muerte, sino que también a las cuatro hienas que lo percibieron al momento como un

competidor. Acostumbradas a rivalizar con tigres feroces, se enfrentaron al muchacho. Vara en mano consiguió contenerlas, hasta que los padres llegaron al lugar provistos de palos. Tras asustarlas, las hienas se apartaron unos metros sin dejar de mostrarse amenazantes, momento en que sacaron al herido del río y lo transportaron hasta el carro, sudando y a trompicones. Su fuerte constitución y altura lo convirtieron en un peso muerto difícil de mover.

Resoplaron del esfuerzo, limpiaron sus manos ensangrentadas y la esposa, muy asustada y sin quitar la vista de las fieras, que persistían en su empeño por hacerse con el botín, exclamó:

—¡Por todos los dioses! Estos hombres necesitan que los vea un médico urgentemente. Tienen un aspecto horrible y me preocupa el grande... mira, esposo... está perdiendo mucha sangre y esa herida parece muy seria. Cerca está el Hospital de la Luz, ese de la doctora inglesa...

—¡Ni hablar! ¿Acaso estás loca? —contestó el marido de forma imperativa—. ¡No podemos llevarlos allí! ¿Pero es que no ves que esa mujer es una cría que acaba de llegar? Me cuesta creer que sea un médico de verdad... ¿tú la has visto? Quién sabe si ha aceptado este trabajo perdido en medio de la India para evitar matar a unos cuantos británicos mientras se instruye de verdad. Estoy seguro de que meter la pata con caras más oscuras no le importará tanto... —argumentó—. Mejor será que los vea la curandera; Neeja sabrá qué hacer.

Sin demora ni discusión, se apresuraron rumbo hacia la aldea cercana de la curandera ayurveda, dejando un reguero de sangre por el camino que las cuatro hienas siguieron durante veinte minutos campo a través.

Una mirada al pasado entre togas y birretes

Londres, 1903. Unos meses atrás.

El salón de actos de la London School of Medicine for Women abrió sus puertas a los familiares y amigos de las alumnas que a punto estaban de licenciarse. El acceso estaba controlado por una monja que derrochaba más temperamento que simpatía. Sentada tras un pupitre recién barnizado a modo de mesa de recepción, se peleaba con los que no llevaban las necesarias credenciales:

—Por favor, solamente los que hayan cumplimentado la solicitud, no hay cabida para todos. ¿Es que ustedes están sordos? —insistía a voz en grito, gesticulando con las manos implorando serenidad.

Ser testigo de la entrega de la llave para ejercer oficialmente la medicina a un grupo de mujeres se había convertido en un acontecimiento social, alabado por algunos y criticado por muchos. Unos cuantos periodistas de diferentes opiniones se mostraban impacientes por arrancar unas cuantas palabras a las instruidas damas, a partir de las cuales imprimir titulares en los diarios sensacionalistas provocando a la opinión pública. El debate estaba garantizado.

Theo y su distinguida madre evitaron el tumulto de la entrada gracias a la costumbre de llegar siempre media hora antes. Pudieron elegir las butacas más codiciadas, aunque desgastadas: las que estaban junto al estrado. Theo estiró con las manos su sotana en un empeño por mantenerla impecable y sin arrugas. Su madre se había ataviado con un elegante vestido diseñado por un modisto francés,

algo usual en ella como fiel seguidora de la alta costura parisina, que en aquellos momentos estaba de moda en toda Inglaterra.

Se escuchaba un murmullo creciente y cargado de emoción, como un enjambre de abejas expectante. Aguardaban impacientes la presentación y entrega de los diplomas a las alumnas de la promoción de 1903.

En breves minutos los asistentes volcarían sus entusiasmos en sonoros aplausos, tras los cuales un respetuoso silencio se impondría dando paso a las palabras del rector y de las discípulas.

Theo no pudo evitar aprovechar aquellos instantes previos al acto para charlar con su madre al comprobar, ojeando su reloj, que aún quedaban unos minutos. Acababa de desembarcar procedente de un largo viaje desde la India tras dos años de ausencia, y estaba deseoso de testar el tono de sus respuestas, pues eligió un camino en su vida que ella no suscribía.

—Mi amiga Anael ya licenciada, madre... casi no me lo creo. ¡Cómo pasa el tiempo! —exclamó pensativo mientras su madre aún terminaba de acomodarse, despojándose del sombrero de plumas que se interponía entre los ojos de las damas sentadas detrás y el estrado—. Me siento muy feliz por ella y orgulloso de verdad; nunca dudé de que pudiera alcanzar su sueño.

—Tu querida amiga es muy concienzuda, meticulosa y aplicada, hijo. Ella ha elegido bien sus estudios, sin embargo, tú... ya sabes lo que opino sobre lo tuyo con las misiones.

—Madre, este tema ya lo hablamos en su momento y sabes que eso es lo que quiero. Anael también lo va a tener difícil, no lo dudes, pero su amor por la medicina hará que supere los obstáculos. La admiro mucho por su entrega y más por su lucha interior. No puedo olvidar el coraje que le echó a la vida siendo casi una niña. Su secreto le sigue

abrasando las entrañas, bien lo sé por sus cartas, madre. Debían haber denunciado...

—¡Chss, calla, hombre! —interrumpió con brusquedad censurando al instante las inoportunas palabras de su hijo, que a punto estaba de hablar más de la cuenta en un lugar demasiado concurrido—. ¿No ves que hay muchas orejas a nuestro alrededor dispuestas a entretenerse con las desgracias ajenas? Sé precavido, por favor, que no todo el mundo es como tú y no conviven con el secreto de confesión o con la discreción.

—Sí, está bien —contestó mirando a los lados, asegurándose de que nadie prestara excesiva atención a su conversación—. Estoy deseando abrazarla y poder hablar con ella, hace tanto que no la veo... dos años exactamente —añadió con la mirada húmeda.

—Por cierto, hijo, ¿le vas a contar lo del hospital de la India?

—Desde luego, pero no hoy. Acabo de llegar y además no es el día apropiado. Mañana quisiera reunirme con ella y contarle sin prisas. Estos dos años en la India han sido intensos y estoy deseoso de compartir la experiencia, pero con tranquilidad. Me quedaré unos días en Londres, apenas una semana, tengo que volver a mi congregación...

—¡Silencio, Theo!, enseguida va a empezar, luego hablas.

Anael pronto aparecería en el estrado vestida con la toga y el birrete para recoger su diploma, una vestimenta que pocas damas podían lucir en aquella época patriarcal.

Había demostrado ser una mujer valiente y con agallas al decidirse por el mundo de las enfermedades y sus curas, que era dominado por los varones. En muchas ocasiones se sentía a contracorriente, pero encaraba los problemas con determinación, sobre todo, cuando la complicación nacía del hecho de ser una mujer. Hombres y mujeres arrastraban costumbres heredadas y prejuicios aprendidos en aquella

sociedad de principios del siglo XX. Era complicado obviarlo, pero tanto Anael como sus compañeras aprendieron a ignorar las censuras y los juicios que la mayoría se atrevía a hacer. Evitaban relacionarse con aquellos que las miraban mal, con ojos recelosos, o quizás con envidia o temor, por el coraje que demostraban. Anael carecía de amigas fuera de ese ámbito. Las que lo fueron antes de la universidad, sucumbieron pronto a los deseos de algún varón esperanzado en hacer crecer su prole perpetuando su apellido.

«Es que mira que sois bichos raros... no entendemos cómo podéis preferir pasar el tiempo entre sarpullidos, sangre, vómitos y fiebres» decían unas, «y las agujas y los bisturís son aún peor... rajar un estómago o una pierna, extirpar una verruga peluda... es que no os vais a echar novio en la vida, los espantaréis seguro», decían otras.

Las críticas apuntaban también a la falta de tiempo para buscarse un buen partido:

«Es que no vienes a ninguna fiesta, tanto estudiar se te va a secar el cerebro y el útero. Te vas a convertir en una solterona empedernida, sola y amargada. Allá tú».

Lo sabía, era más consciente que nadie de que su entrega a aquella profesión le limitaría su tiempo presente y futuro para poder dedicarse a otros menesteres. A pesar de todo, era lo que amaba desde niña y el camino de la medicina decidió tomarlo hacía ya mucho tiempo, con pasión y entrega. Rechazó un estatus de sometimiento, que supuestamente correspondía a toda mujer, y renunció al cuidado de hijos, que probablemente nunca decidiría tener.

Por mucho que todo el mundo se empeñara en catalogar a las mujeres inteligentes como frías, varoniles e incluso desagradables físicamente, Anael no encajaba en aquella descripción. Además de su inteligencia, poseía de forma natural otras cualidades que alababan muchos de los pacientes que conoció durante las prácticas en el hospital universitario. Todos ellos coincidían en afirmar que cuando llegaban nerviosos al hospital, ella, tan solo con su suave voz

y su aspecto angelical, no calmaba sus dolores, pero atenuaba sus miedos. Su don innato cautivaba, algo de lo que no era ni de lejos consciente. Nunca le faltaban palabras de aliento para los enfermos, una sonrisa, una caricia, a pesar de que en numerosas ocasiones no todo era de color rosa: de cuando en cuando se topaba con pacientes anticuados que desconfiaban de su capacidad profesional, incrédulos de que una mujer supiera sobre su patología tanto o más que un médico varón. Pero aprendió a soportar ese desprecio que sentía en no pocas ocasiones y se crecía, mostrando un aplomo digno de un médico experimentado. «Casi es perfecta», decían otros, sus compañeros del hospital, valorando su capacidad de entrega y sacrificio. No temía ser juzgada por sus decisiones, siempre que fueran fieles a su corazón y a sus manuales de medicina.

Su apariencia era la de una niña adulta, como si al desarrollarse bruscamente, sus redondeces hubieran tenido que hacerse hueco en aquel cuerpo menudo. Su pelo se mantenía claro, un rubio dorado que se tornaba avena con la exposición al sol. Lo recogía de forma sencilla ahorrándose las horas de rulos y artimañas para domarlo al estilo usual. Un recatado moño era suficiente, aunque tuviera que pelearse a diario con el pequeño mechón empeñado en hacer su vida flotando libre. Sus ojos no habían perdido la expresividad inocente de una pequeña que se asombraba por todo. El azul claro de su mirada angelical contrastaba con la celeridad del movimiento travieso de sus párpados, que se acuciaba en especial cuando se ponía nerviosa o discutía acalorada. Sabía de su debilidad, sus mejillas eran traicioneras: se teñían fácilmente de rojo pasión dejando expuesta demasiado información que hubiera preferido poder guardar para sí.

Lo que custodiaba celosa era su interior profundo. Su «YO» era desconocido e impenetrable. Muros de piedra y hormigón, barrotes de hierro forjado... lo mantenían a salvo. «¿Qué le sucede a esta chica?», decían tantos hombres

vapuleados tras un intento frustrado de flirteo. Cuando estaba en guardia, ningún varón consiguió acercarse físicamente a ella a menos de cinco palmos, distancia de seguridad únicamente profanada por su amigo Theo. Era el único que la comprendía, el único amigo de su niñez en que pudo confiar sus desgracias. Ella luchaba por superarlas, pero las huellas eran demasiado profundas. El miedo y la vergüenza había sido una mordaza de la que aún no había logrado zafarse. Solo encontró una salida para sobrevivir sin tanta amargura: rodeó a su dañado corazón de una coraza protectora cuya llave hizo desaparecer, arrojada a un abismo perdido. Mudo y amordazado, claudicó aceptando su cautiverio. Así sobrevivía escudado y a salvo, pero le arrebató la voz en asuntos de sentimientos como el amor. Le entregó el mando a su mente científica, a sus duendecillos racionales, encargados todos ellos de manejar de forma sensata y lógica cualquier emoción.

Pero el doctor Stuart Craig era tenaz, no desistía del propósito de conquistarla; poco a poco trataba de limar ese blindaje. Era el médico mentor que dirigió sus prácticas en el hospital. La había fichado desde el primer día y era su alumna favorita. Siempre pensó que obtendría su licenciatura con calificaciones excelentes. A menudo la esperaba al terminar la jornada y la acompañaba hasta la residencia de estudiantes dando un agradable paseo, si el tiempo lo permitía, siempre disfrazado de científico sabio. Comentaban los casos que habían tratado en el día y Anael experimentaba una incauta felicidad disfrutando de su compañía, porque ante todo lo admiraba como médico. Sus conversaciones eran puramente profesionales y ella, presa de curiosidad y de deseo por aprender, no había sentido la necesidad de desplegar su artillería al no considerarlo una amenaza para su corazón. Pero su intuición le había fallado: realmente no se percataba de que el doctor lo hacía también por su interés personal hacia ella como mujer. Anael lo miraba como a su maestro y nunca pensó en él de otra for-